

Con dos gotas de anís

Hay muchas historias que podría contar de mi pueblo. De Quebrada. Un pueblo pequeño, de montaña, situado en cualquier lugar. Historias tan pequeñas y tan sin importancia como él y como yo. Pero yo siempre tengo muy presente, quizás por la poca trascendencia que tuvo para el pueblo, por lo olvidados que han quedado sus protagonistas al cabo de los años, o quizás porque nunca he podido olvidar a aquel hombre, la historia de Ramón “El Pintero”

- “Con dos gotas de anís, niño”.

Siempre recuerdo esta frase, a pesar de que ya han pasado muchos años y ya soy también un hombre mayor, cada vez que vuelvo al pueblo, cada vez que paso por delante de la vieja casa de la familia, cada vez que penetro en la estancia que fue la cantina del pueblo, allí donde crecí.

Yo entonces era un niño y como todos los domingos, siempre a la misma hora, en la taberna de mi padre, me quedaba solo y a su cargo. Cuando eran las doce y cuarto en punto de la mañana, en el mismo instante en que sonaban las dos sonoras campanadas que anunciaban la segunda de las llamadas a Misa Mayor, Ramón “El Pintero” atravesaba la puerta, se acodaba en el mostrador vestido con su traje de domingo, la camisa tan blanca como la mantilla de nieve que se ponían en la cabeza durante el invierno los picos más altos de la cordillera y un cigarro de picadura, el único que Ramón se permitía cada semana, amparado detrás de la oreja derecha.

Siempre, a la misma hora, Ramón iniciaba su ceremonia de los domingos.

Antes de que la campana mayor iniciara su vuelo, él salía de su casa, una vieja y destartada casa que se destacaba sola, aislada del mundo, en lo alto de la loma, batida por todos los vientos y por todas las aguas y acariciada por todos los soles del verano, una casa que había sido de su padre y del padre de su padre y del padre del padre de su padre, perfectamente afeitado, el pelo entrecano peinado hacia atrás y cargado de brillantina.

Ramón se vestía de gala los domingos, –“El traje de la boda”, decía con una sonrisa que más parecía una mueca de amargura –, un traje negro con chaleco y la impoluta camisa abotonada hasta el cuello. Todos los domingos, a la misma hora, cuando el badajo de la campana grande se estrellaba contra la oscura panza para hacer sonar la primera de las dos campanadas de la llamada, su mano fuerte, morena y encallecida, empujaba la puerta de la taberna, vacía, recién barrida y bien aireada en espera de los fieles, a la salida de Misa.

–“Con dos gotas de anís”.

Tenía una voz fuerte, decidida, acostumbrada a dar órdenes al ganado y a los dos perros loberos que siempre le acompañaban y que se quedaban tumbados a ambos lados de la puerta. Se acodaba en el mostrador, en la esquina más alejada de la puerta, la espalda apoyada contra la pared, desde donde, a través de la enrejada ventana, podía dominar con un vistazo el camino que llevaba hasta la Iglesia.

Ramón era un hombre grande. Tenía 73 años –“Es de la quinta de Bernabé y de Ángel y de Florencio, que son dos años más jóvenes que yo, que ya cumplí los 75. ¡Y parece que era ayer cuando andábamos moceando!”-, mi abuelo se quedaba mirando al vacío lleno de recuerdos – y había que empinarse mucho para mirarle de cerca a los ojos.

Era un tipo muy moreno, casi cetrino y de barba cerrada, los hombros muy anchos, unas manos donde se creyera que pudiera desaparecer una oveja. Era tan grande que yo siempre me preguntaba cómo era posible que pudiera

pasar sin tropezar por la puerta de la casa, a pesar que él, instintivamente, agachaba la cabeza y se colocaba de perfil para entrar en la taberna.

Una copa de orujo, un licor acre y áspero al que le añadía un chorrillo de anís del Mono, seguramente para evitar que el aguardiente le abrasara la garganta, era su acompañante el tiempo que duraba la Santa Misa. La colocaba entre sus manos y la hacía pasear ante él en el mostrador, los ojos clavados en un punto indeterminado de la estantería, entre las latas de conserva y los paquetes de galletas marías.

Cada cierto tiempo encunaba la copa en la palma de su inmensa mano y la acercaba a los labios para depositar unas gotas de aquél fuego líquido en la boca.

Jamás hablaba, jamás desviaba los ojos de aquel punto de la estantería. Y como si tuviera un reloj grabado en el cerebro, instantes antes de que la primera persona apareciera en la revuelta del camino, se quitaba el cigarro de la oreja, encendía el chisquero de mecha que llevaba en el bolsillo del chaleco, aspiraba una profunda bocanada, apuraba el último trago de la copa, rebuscaba el bolsillo del pantalón para depositar los 25 céntimos y –“Hasta el domingo, chaval”– salía de la taberna con paso lento, pero firme y decidido, seguido de sus dos perros, fuertes como él, grises como él y como él, con los ojos tristes perdidos en un punto indefinido del horizonte, –“Camina como un buey”, aseguraba mi abuelo – y, a continuación, comenzaba el movimiento en la taberna. Todos los hombres del pueblo entraban para tomar un vaso de vino, fumar un cigarro y hablar de las faenas del campo.

Yo sentía una gran curiosidad por conocer el por qué de la actitud, de la forma de actuar de Ramón “El Pintero”.

Había otros hombres en el pueblo que también eran solitarios, silenciosos y taciturnos.

Pero ninguno como él.

Ramón no se relacionaba con nadie, no hablaba, no pedía ni prestaba ayuda a los demás. Se bastaba a sí mismo para todas las labores. Yo, en muchas ocasiones, había preguntado la razón de extraña forma de ser. Pero el abuelo siempre me decía lo mismo: –“Son las cosas de cada uno, y cada uno tiene el derecho a su propia intimidad y a ser como quiere ser. Y si tanto interés tienes en saber, se lo preguntas a él”.

Pero yo no me atrevía a preguntarlo.

“El Pintero” me intimidaba.

Me intimidaba su misterio, me intimidaba su figura, me intimidaba su silencio. Hasta su forma de mirar y de vestir me intimidaba. Por eso, mientras él permanecía en la taberna, yo sacaba brillo por segunda vez a los vasos y a las copas, recolocaba las botellas de marca que teníamos a la vista en una pequeña estantería, aunque sólo las moviera un milímetro. Y no le perdía de vista con el rabillo del ojo.

Hasta el día en que me decidí a preguntarle.

Como cada domingo, apenas había sonado la segunda campanada, estaba acodado en el mostrador, con su traje negro y su camisa blanca, el cigarro escondido tras la oreja, la copa de orujo –“Con dos gotas de anís” – paseando entre sus manos y la vista perdida en la estantería.

–Señor Ramón, y usted, ¿por qué...? las palabras se me atragantaban, pero ya había tomado mi decisión.

Entonces, el señor Ramón cambió su rutina. Ni siquiera me miró a los ojos. Siguió con la vista perdida más allá de las estanterías, prendió el cigarro con el chisquero de mecha. Y tras de cuatro profundas bocanadas de humo, sonó su voz, seria y profunda,

–Es por cosas de juventud y del corazón, chaval. El Señor Cura de entonces, de cuando yo estaba en la edad de enamorarme, tenía en su casa

una sobrina –su mirada se había vuelto dulce y soñadora – que era la que le hacía de ama. Y era morenica y chiquitica pero guapa como una Virgen y alegre como un jilguero. Y yo, que entonces era mozo y mozo bien parecido, me enamoré de ella como un tonto y ella se enamoró de mí. Y entre los dos pensamos que, antes que lo supiera por otro, debíamos hablar con su tío y pedir su permiso para que fuera él mismo quien nos casara. Y así lo hicimos. Y él nos dijo que le había pillado de sorpresa y que una cosa de tanta importancia para la niña, una decisión que era para toda la vida, se la tenía que pensar antes de tomar una decisión. Y al domingo siguiente, cuando salimos de Misa y cuando entramos en la taberna, yo me atreví. Y delante de todos le pregunté si ya había decidido. Y él se me quedó mirando muy serio y aseguró que sí, que ya había tomado su decisión. Entonces, con una voz en la que yo creí ver mucha soberbia, me dijo que su sobrina valía para mucho más que para dársela a un patán de pueblo que sólo la quería para que le arreglara la casa y para ayudarle con los ganados y en las faenas del campo. Y que ya lo tenía hablado con el sargento de la Guardia Civil, que tenía un hijo de la edad de ella, que también era guardia y que estaba destinado en Zaragoza y que, aquella misma tarde, vendría para conocerla y que al domingo siguiente se iban a leer y que él mismo les casaría en el mes que entraba. Y yo me quedé como de hielo y en aquellos momentos no supe qué decir y sólo acerté a dar media vuelta y marcharme a mi casa. Y ese mismo día me llegué a la capital y me compré este mismo traje, que ya le tenía echado el ojo para cuando me casara. Y el día que la casaron, yo me vestí con mi traje de boda y, desde lejos, bajé tras ella y llegué hasta esta puerta. Y cuando sonaba la segunda entré en la taberna y le pedí a tu abuelo, que entonces era quien se quedaba al cargo del mostrador, una copa de orujo con dos gotas de anís y me fumé un cigarro y lloré para dentro. Y estuve llorando sin lágrimas hasta que los vi aparecer por la revuelta del camino. Apuré la copa de orujo y me volví solo a mi casa. A seguir llorando y a seguir pensando en la vida que me esperaba sin ella en aquella casa que yo había preparado para que ella fuera su dueña. Y desde entonces, cada domingo, a la misma hora y con la misma ropa y con el mismo cariño que aquel día, me preparo de la misma forma, como si hoy fuera el día de la boda y yo mismo viniera para casarme con ella. Y sigo el mismo camino y me vengo aquí a soñar con mi niña y a imaginar con la vida que hubiéramos llevado los dos juntos y a desearle a ella que tenga toda la felicidad que yo le hubiera querido dar y que espero que el buen Dios le haya concedido.

Entonces, con una vieja lágrima temblándole en los ojos, apuré la copa de licor y se encaminó hacia la puerta.

Desde aquel día ya nunca me intimidó Ramón “El Pinero”.

Cada mañana de domingo, a las doce y cuarto de la mañana, sin que volviera a mediar una palabra entre nosotros, le servía su copa de orujo “con dos gotas de anís”

Y siempre le recuerdo con una mezcla de piedad y simpatía. He llegado a entender su vida como si fuera una copa de orujo.

Áspera y acre.

Solamente endulzada con las dos gotas de anís de sus recuerdos.